

LA ISABELA, LA PRIMERA CIUDAD EUROPEA EN EL NUEVO MUNDO¹

Consuelo Varela
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

Yo os prometo y juro, generosa señora, de dar nombre a la tierra que hallare, conveniente del vuestro y, llamándola Isabela, exceda a la de César y Alejandro².

Hasta su último viaje, 1504-1506, Cristóbal Colón procedió a fundar una serie de asentamientos en el Nuevo Mundo. No fue ese, ni mucho menos, su planteamiento inicial. Él, un navegante con intenciones comerciales, jamás pensó en convertirse en un poblador cuando en 1492 firmó sus capitulaciones para descubrir: las circunstancias lo obligaron. Así las cosas, se vio forzado a aplicar en toda su extensión lo que su capitulación llevaba implícito: abrir nuevas rutas marítimas y terrestres, asumiendo la responsabilidad de asentar villas, de levantar ciudades.

EL EMPLAZAMIENTO

A fines de noviembre de 1493, D. Cristóbal llegó a La Española en el que sería su segundo viaje a las Indias. Tan pronto como comprobó el desastre

¹ VARELA, 1987. Sobre La Isabela publiqué un artículo hace ya años, que ahora retomo con nuevas aportaciones. He de dejar constancia de mi agradecimiento a la Dra. Isabel Arenas que ha revisado este artículo y me ha hecho valiosas sugerencias.

² Lope DE VEGA, 1980, 14.

ocurrido a los hombres que había dejado el año anterior en el fuerte de la Navidad, se vio obligado a buscar un lugar donde alojar a sus acompañantes que, en número superior a 1.200, componían aquella impresionante flota. Reducidos en los barcos, los problemas se acumulaban: las simientes se pudrían, los animales enfermaban y los avituallamientos se hacían cada vez más escasos. A todo ello se unía el descontento lógico de la gente, que en su mayoría acudía a las Indias con ansias de oro y no de visitar paisajes más o menos exóticos entre una y otra isla. El viaje había sido largo y el colono, con toda lógica, tenía prisa por acomodarse. Con una rapidez sorprendente el almirante hizo la elección, muy probablemente conminado por sus hombres; así fue como, precipitadamente, se comenzó a construir el primer núcleo urbano en el Nuevo Mundo. Una ciudad que ya antes de haber sido levantada figuraba en las ilustraciones de la Carta anunciando el Descubrimiento con bellos edificios, de varias plantas, edificados a la manera europea. La realidad sería muy diferente.

El emplazamiento elegido para la ciudad que, en honor de la reina, habría de llamarse La Isabela, debería disponer de «un buen puerto, buenas aguas, buenas tierras, buenas comarcas y mucha leña»³. Además tendría que estar próximo a un asentamiento indígena que proporcionara abastecimiento agrícola, mano de obra y permitiera a los recién llegados la utilización de redes de comunicación ya establecidas para poder reconocer el territorio.

Pronto encontró el almirante un paraje que le pareció apropiado a 25° N., adonde «acordó saltar en tierra, en un pueblo de indios que allá había»⁴. Situado en un alto, en un promontorio, el terreno escogido disponía al oeste de una playa de dos leguas de largo, en cuyo extremo se hallaba un espléndido puerto. El enclave parecía el ideal por la seguridad que daba la altura, desde la que se podía dominar el espacio circundante, y la comunicación que brindaba el mar. Además, el solar elegido estaba a un tiro de lombarda de la desembocadura del río Barobonico, que conformaba una hermosa vega; muy cerca había dos montañas de cal y de piedra, imprescindibles para edificar, y tras ellas otro río configuraba la segunda vega que abastecería a la urbe.

Las descripciones del entorno de La Isabela hechas por los contemporáneos nos describen el lugar como extraordinario. Las Casas alabó la calidad de la cantera hasta tal punto de que, cuando fue prior del monasterio dominico de Puerto de Plata, mandó colocar, como primera piedra del nuevo edificio, una gran mole extraída de aquella montaña en recuerdo de esa primitiva villa⁵. El doctor Chanca, en su relación que envió al cabildo de la

³ Así lo escribió en su *Diario* el almirante el 27 de diciembre de 1493. *Cristóbal Colón*, 1992, 247.

⁴ LAS CASAS, 1957, I, 362

⁵ *Ibidem*, I, 300.



ciudad de Sevilla en enero de 1494, se hizo eco de la copiosa arboleda que la rodeaba «[es tan] espesa que apenas podrá un conejo andar por ella; es tan verde que en ningún tiempo del mundo el fuego la podrá quemar»⁶. Tanto Las Casas como Pedro Mártir de Anglería, Guillermo Coma y Michele de Cuneo –los primeros cronistas que la describieron– destacaron la situación de la ciudad como puerto. Las Casas en cuatro ocasiones la denominó «puerto y ciudad de La Isabela»⁷; Mártir señaló como su primera y mejor característica el de estar situada junto a un fondeadero, que tanto Coma como Cuneo consideraron «excelente»⁸.

¿Elegió el almirante el mejor sitio para fundar la primera villa europea en el Nuevo Mundo? Los estudiosos no aciertan a ponerse de acuerdo, pues mientras que algunos, siguiendo a Samuel Eliot Morison, consideran que el puerto no tenía suficiente profundidad y los vientos no ayudaban, para otros, como José Guerrero y Marcio Veloz Maggiolo, la elección fue acertada, ya que aquel era el único surgidero costero que, como apuntó Pedro Mártir, se comunicaba «en línea recta con la región aurífera del mediodía»; una información que, de creer a los estudiosos dominicanos, supo el almirante de boca de su intérprete Diego, el lengua capturado un año antes, el mismo día del Descubrimiento, en la isla de San Salvador.

FUNDACIÓN Y PRIMERAS EDIFICACIONES

No nos es posible concretar una fecha exacta para la fundación de la ciudad, aunque quizá pudiéramos considerar como oficial la del día 6 de enero de 1494, festividad de la Epifanía, cuando, como nos cuenta Pedro Mártir, se celebró la primera misa concelebrada y cantada por doce clérigos bajo la dirección del mínimo fray Bernaldo Buil⁹.

Escribe Las Casas que el almirante «diose grandísima prisa [...] en edificar luego la casa para los bastimentos y municiones del armada, e iglesia y hospital, y para su morada una casa fuerte» y que acto seguido «repartió solares ordenando sus calles y plazas [mandando] que cada uno haga su casa como mejor pudiere; las casas públicas se hicieron de piedra; las demás cada uno hacía de madera y paja y como hacerse podía».

La descripción de La Isabela en los textos de los primeros cronistas que asistieron a su fundación y la vivieron durante los iniciales meses de su existencia:

⁶ *Cartas*, 1984, 172. Sobre la personalidad del doctor CHANCA, véase Tió, 1966; PANIAGUA, 1977 y VARELA, 1985.

⁷ LAS CASAS, 1957, 293, 297, 302 y nota p. 31.

⁸ Coma en *Cartas*, 1984, 199, y CHANCA en *ibidem*, 243.

⁹ *Cartas*, 1984, 61.

Guillermo Coma, Michele de Cuneo y el doctor Diego Álvarez Chanca es contradictoria. Mientras que para el italiano las doscientas primeras casas que se construyeron en aquel «casale» (aldeucha) eran pequeñas y cubiertas de yerba, el catalán Coma la describió como una ciudad inmensa con una calle ancha, trazada a cordel, que la dividía en dos partes, cortada transversalmente por otras muchas costaneras, en la que se distinguían tres magníficos edificios: una excelente fortaleza en la playa y la morada del almirante, que pomposamente llamó «palacio real», digno de albergar a los Reyes de España si algún día se decidieran a hacer su entrada triunfal en esa nueva metrópoli, que ya desde su fundación contaba con un templo «repleto de ofrendas que la reina Isabel envió desde España para el culto divino»¹⁰.

Todos, en un afán por encarecer lo maravilloso de lo nuevo, de lo desconocido, exageraron la realidad. Cuando redactaron sus cartas, la ciudad apenas contaba con unos cuantos meses de existencia. Por mucha prisa y cuidado que los hombres pusieran en construirla es evidente que su aspecto estaría más cercano a la descripción proporcionada por Cuneo.

Infelizmente, los restos arqueológicos conservados no permiten trazar un plano completo de la villa, que Carlos Dobal calculó que tendría unos 9.000 metros cuadrados. Pese a que Colón tenía planeado rodear la ciudad de un muro y construir una acequia que llevara el río hasta la misma, el proyecto no se pudo llevar a cabo del todo¹¹. Los vestigios arqueológicos tan sólo muestran la existencia de una valla de piedras y tierra «con nueve bastiones o garitas de tapia, ladrillos y tejas»¹². Sí, en cambio, parece lógica la distribución de las calles, con una plaza central, a la manera de las ciudades castellanas, y la descripción que hacen tanto Colón como Las Casas y Chanca de las huertas rodeando el perímetro de la ciudad¹³. La arqueología solo ha podido identificar con exactitud la iglesia y el cementerio.

Otras fuentes nos indican las míseras condiciones de ese primer asentamiento que, más que una urbe propiamente dicha, parecía una combinación de campamento militar y factoría comercial. El «palacio» de los Colón fue quizá la única casa edificada por entero de cantería. Era muy modesta y de pequeña dimensiones. Nos dice Las Casas que cuando el cacique Caonabó fue hecho prisionero por Hojeda y estaba encarcelado en la casa del almirante, «por no ser espaciosa ni tener muchas habitaciones, se veía desde el portal al cautivo jefe». Tal vez esa fuera la intención de los Colón:

¹⁰ *Ibidem*, 199.

¹¹ «Ençengir de muro, que en solo dos puertas quede la entrada y en traer el agua con el açequia y todo el río al pie de la fortaleza», *Cristóbal Colón*, 1992, 248 y ss.

¹² DOBAL, 1988, 62.

¹³ SOLANO, 1986, 13, señaló cómo ya desde la misma fundación de La Isabela se estaba vislumbrando la que sería la ciudad geométrica iberoamericana.

mostrar a los indígenas su poder. Junto al edificio los hermanos disponían de un molino, un almacén y un corral en el que se custodiaban, además de las aves, la jauría de perros de D. Bartolomé Colón. Esos perros que, con tanto éxito, empleó el adelantado para capturar esclavos. La iglesia hubo de estar techada de paja, así como el resto de las viviendas. Hoy sabemos que aquella primera capilla cristiana construida en el Nuevo Mundo, de gruesas paredes, era de muy pequeñas dimensiones: 5,76 metros de frente por 16,10 metros de fondo¹⁴.

La villa disponía de una plaza central en la que el almirante y sus hermanos impartían justicia y donde se procedía a la venta de esclavos (tanto de indígenas como de cristianos). Se tardó mucho en construir una alhóndiga, de modo que en los comienzos los alimentos se almacenaban en los barcos. En 1500 declaró Francisco de Sesé que, a finales de 1493, el almirante había mandado azotar por las calles de La Isabela a doce o trece hombres que desfilaban atados por el pescuezo y con los pies encadenados, precedidos de un pregonero que repetía sin cesar el motivo de semejante castigo, «porque rescataban el oro sin licencia del almirante», aunque el único y verdadero delito de esos pobres hambrientos, sigue diciendo, era haber acudido a los navíos para trocar algún que otro grano de oro por tocino, pan o vino. Cuando, por fin, se construyó la alhóndiga, Colón puso al frente a sus criados Juan de Salaya y Juan de Oñate. En un sistema centralizado, los colonos solo podían comprar en ese almacén. Así, sin tiendas donde adquirir los mantenimientos necesarios, los vecinos tenían bien que ajustarse a los precios abusivos impuestos por los Colón, o bien hacer trueques con sus conciudadanos. Por una arroba de vino se llegó a pagar 2.000 maravedís, 4.000 por la de aceite y 6.000 por la de miel¹⁵. No existían colmados, pero sí casas de citas. Hoy sabemos de la existencia de por lo menos dos prostíbulos, uno para los Colón y sus amigos y el otro para el resto de los vecinos y moradores.

Desconocemos también en que momento se edificó la cárcel. Las fuentes nos indican que al comienzo los presos eran reducidos en los navíos, que además de alhóndiga, como señalamos más arriba, servían de cárceles improvisadas: en un barco permaneció encerrado el contador Bernal de Pisa en 1494 los meses que estuvo preso antes de ser enviado a la Península.

En el puerto de La Isabela atracaron las 17 naves que componían la flota. Nunca más volvería a tener tamaña actividad. Tras el regreso a Sevilla de Antonio de Torres, en febrero-marzo de 1494, cinco quedaron fondeadas

¹⁴ DOBAL, 1987, 30.

¹⁵ VARELA-AGUIRRE, 2006, 135 y ss. En tiempos de Ovando se contaba que un sevillano que había comprado unos trajes para su hijo, que llevaba cuatro años viviendo en la isla, no obtuvo nunca la licencia del comendador para entregárselos. El vecino Juan de Ayala nos dejó una lista de los precios en la alhóndiga de Santo Domingo en 1503. Nowell, 1965.

para continuar la exploración del territorio. Con dos de ellas hizo Colón el viaje de reconocimiento de las islas de Cuba y Jamaica que comenzó el 24 de abril de ese mismo año y que lo tuvo unos meses alejado de la villa. El terrible huracán del año siguiente de 1495, y el fuego que siguió a continuación, dejaron muy dañada la carabela *Niña*, «que se rehizo» y con las maderas del resto de los buques destrozados se confeccionó otra, la primera que se hizo en el Nuevo Mundo, apodada la *India*, aunque su nombre formal fue el de la *Santa Cruz*. Con estos dos barcos regresó Colón en 1496 a España, llegando a Cádiz el 11 de junio con 225 españoles y poco más de 30 indios cautivos¹⁶.

LA POBLACIÓN

A finales de diciembre de 1493 desembarcaron en el lugar donde se construiría La Isabela entre 1.200 y 1.500 hombres. Al no disponer de la nómina completa de los tripulantes que integraban aquella flota no nos es posible fijar el número total con exactitud. La naciente colonia europea en el Nuevo Mundo estaba compuesta de gentes de muy diversa procedencia. Aunque la mayoría de los marineros eran andaluces, entre los primeros colonos de La Isabela se encontraban naturales de todos los reinos de España, como señaló Bartolomé de las Casas:

Vinieron en aquel viaje, también de Sevilla, Alonso Pérez Martel y Francisco de Zúñiga, hermano del tesorero [Luis de] Medina, que se metió fraile de San Francisco; Alonso Ortiz, Francisco de Villalobos, Per Afán de Ribera, hermano de [Gonzalo] Mariño; Melchior Maldonado, el cual los reyes habían enviado pocos años había por embajador al Papa [...]. De la Casa real vinieron más Juan de Luján, criado del rey, de los caballeros de Madrid; el comendador Gallego y Sebastián de Campo, gallegos; y el comendador Arroyo y Rodrigo Abarca y micer Girao y Pedro Navarro y un caballero muy principal aragonés que se decía mosén Pedro Margarite y Alonso Sánchez de Carvajal, regidor de Baeza¹⁷.

Y no faltó un nutrido grupo de extranjeros: los aserradores Navidad Bretón y García Francés; el marinero Bernaldo Gascón; el lombardero Peti Juan de Lila; el marinero Juan Griego y los grumetes Lucas de Grecia y Pedro Griego. De Flandes procedía el concuñado de Cristóbal Colón, Miguel Muliart, casado con la portuguesa Briolanja Moniz. De Francia y Borgoña vinieron dos franciscanos.

¹⁶ La pequeña *Niña* había sobrevivido a dos tempestades, la de 1493 en el tornaviaje cerca de las Azores y la de 1495 en La Isabela

¹⁷ Las Casas, 1957, I, 244.

Pocas mujeres alegraban la vida de la ciudad, quizá solo siete u ocho: un número escasísimo aunque fuera comprensible que no se embarcaran más. Conocemos los nombres de algunas: María Fernández, que fue criada del almirante, María de Granada, Catalina Rodríguez, Catalina Vázquez, Teresa de Baeza, Inés de Malaver y quizá Bárbara de Vargas. Como era de esperar, los hombres casados dejaron a sus esposas en la Península. Sólo con el tiempo y, ya asentados, varios de aquellos primeros colonizadores hicieron llegar a sus esposas. Entre tanto, los colonos hubieron de consolarse con las indígenas, dando lugar a un buen número de problemas pues los Colón no consentían los matrimonios mixtos.

En Barcelona los reyes habían ordenado al almirante que tomase a sueldo «oficiales y artesanos sin cuento de todas las artes mecánicas». Y así lo hizo, «Llevé» —escribió Colón a los reyes— «maestros de todas maneras de oficios que en fabricar ciudad y villa menester heran, con todos sus instrumentos»¹⁸. Las cuentas del tesorero Alonso de Morales¹⁹, que solo registran los nombres de 166 hombres, certifican que acudió un verdadero enjambre de oficiales: maestros de arameles y de obras, caleros, herreros, cerrajeros, albañiles, tejeros, silleros, carpinteros, aserradores, borceguineros, sastres, tejedores y sin duda otros no citados en los pliegos de la contaduría. Para hacer las faenas agrícolas fueron reclutados labradores y hombres de campo. Dispuestos a combatir, se alistaron ballesteros, espingarderos, escuderos (de a pie y a caballo) y lombarderos. La música, festiva y bélica, corrió a cuenta de trompetas y «tamborinos». De curar a los posibles enfermos se encargaron el médico, Diego Álvarez Chanca, y el boticario Bartolomé de Avellano. Como el rey Fernando era muy aficionado a la cetrería, se contrató a un cetrero, Pedro de Arzea.

Pronto surgieron los problemas, ya que muchos de estos personajes dijeron al alistarse ser maestros de oficios que desconocían. Famoso fue el enfrentamiento que tuvo Colón con el sevillano Hormicedo, «que avía ido por maestro para conocer e apurar el oro, el qual hazía escarnio del oro»²⁰. La colonia no despegaba. Según el virrey debido en gran parte a la impericia de los artesanos de La Isabela, y así, el 15 de octubre de 1495, escribía quejoso a los reyes, «Todos los oficiales que acá an benido [...], allende de ser malos maestros, no se puede con ellos que hagan cosa [...]. Vino hombre por carpintero que no conoçía la hacha. Vernaldo de Pisa puso muchos d'estos oficiales o moços de espuelas por carpinteros y otros por marineros y a otros por lombarderos»²¹.

¹⁸ *Cristóbal COLÓN*, 1992, 235.

¹⁹ GIL, 2007, 271ss.

²⁰ BERNAL, 1962, 303.

²¹ *Cristóbal COLÓN*, 1992, 24-25.

No pisaron La Isabela ni nobles ni grandes mercaderes pero sí acudieron en esta primera hornada personas de extraordinaria calidad como el cosmógrafo Juan de la Cosa, que ya había participado en el viaje de Descubrimiento; el médico de las infantas, el sevillano Diego Álvarez Chanca; los capitanes Antonio de Torres, Ginés de Gorbálán, Pedro Margarite o el conqueense Alonso de Hojeda.

De atender las necesidades religiosas de la colonia y proceder a la evangelización de los indígenas se encargó un grupo de eclesiásticos. Fray Bernardo Buil, antiguo benedictino de Montserrat y entonces mínimo franciscano, nombrado vicario apostólico de las Indias Occidentales por el papa Alejandro VI, fue el encargado de dirigir la primera misión evangelizadora en el Nuevo Mundo. La delegación estaba integrada por cinco franciscanos, los españoles fray Juan Pérez, fray Rodrigo Pérez y fray Antonio de Marchena (si es que llegó a ir), y los borgoñones, ambos legos, fray Juan de Leudelle, llamado el Bermejo por el color de su piel, y fray Juan Tisín; tres mercedarios: fray Juan Infante, fray Jorge de Sevilla y fray Juan de Solorzano, y el ermitaño fray Ramón Pané. Es probable que acudiera entonces también el sacerdote secular Pedro Ortiz, que declaró en 1500 haber ido en calidad de capellán de D. Cristóbal.

Poco tiempo duraron los celosos misioneros en La Isabela. Salvo Pedro Ortiz y fray Ramón Pané, todos la abandonaron en el plazo de dos años. Fray Buil y fray Tisín, enfrentados con los Colón, tornaron a la Península con sus quejas; los franciscanos, cuya orden estaba atravesando momentos difíciles, volvieron para reclutar nuevos misioneros; en cuanto a los mercedarios, ignoramos las razones que los movieron a regresar. Así las cosas, La Isabela estuvo desasistida en materia de religión la mitad de su existencia: fray Ramón había sido enviado al interior de la isla por D. Cristóbal y tan solo acudía a la villa en contadas ocasiones. De Pedro Ortiz nada sabemos más que lo que él declaró en 1500; de no haber ido Ortiz a la Indias en 1493, sólo un hermano lego, fray Ramón Pané, «un pobre ermitaño», debió de ocuparse de los asuntos religiosos hasta 1498 cuando llegó la segunda remesa de eclesiásticos, pero éstos ya se instalaron en la nueva ciudad de Santo Domingo.

Poco sabemos de la población indígena que pudo vivir dentro de los débiles muros que la rodeaban. Todo parece indicar que en ella tan sólo habitaban los que estaban al servicio de los colonos. Las fuentes nos dicen que en un principio los indios iban gustosos a intercambiar productos con los españoles, luego seguían, como es lógico pensar, viviendo en la aldea vecina situada al otro lado del río.

La Isabela se había llenado de un número excesivo de pobladores. La labia del descubridor prometiéndole riquezas sin fin provocó una avalancha

de individuos que no fue posible acomodar. Este fue –tal vez– el primer error de planteamiento de aquel viaje; un error que tendría graves consecuencias. De todas formas hay que señalar que el monto inicial de habitantes tan sólo permaneció –alojado en los barcos y en los chamizos que hubieron de levantarse– un mes largo: de enero a febrero de 1494, cuando el capitán Alonso de Torres regresó a la Península con doce naves llevando a unas 300 personas de regreso a Castilla. Al menos un par de centenares fueron destinados a las guarniciones de los siete fortines que el almirante ordenó construir de norte a sur de la isla; otro número indeterminado de colonos nos dice Las Casas que, ante la escasez de recursos de la villa, optó por irse a vivir entre los indios.

LOS PRIMEROS ENSAYOS DE LA COLONIZACIÓN Y ACULTURACIÓN

En esa ciudad de frontera que fue La Isabela se ensayaron todos y cada uno de los procesos de la futura colonización española en el Nuevo Mundo. En su solar se instaló la primera iglesia y se celebraron las primeras misas. El 24 de abril de 1494 se constituyó el primer cabildo de América, a cuyo frente puso Colón a su hermano menor Diego, y se erigió un incipiente tribunal donde los Colón impartían –a su manera– justicia. En La Isabela se fundió el primer oro americano. De su puerto salieron para la Península los primeros cargamentos de indios esclavos. En La Isabela pergeñó Colón su política fiscal que intentó, sin éxito, poner en práctica en octubre de 1495: un tributo en oro y algodón que obligaba a los indios de la Vega y el Cibao, mayores de catorce años, a entregar cada tres meses un cascabel lleno de oro y una arroba de algodón. Tras fracasar esta política por inviable, decidió el virrey, en 1495, repartir indígenas y tierras entre los colonos, dando origen a lo que más adelante se llamarían las encomiendas.

A La Isabela llegaron las primeras plantas y animales europeos. No todas las semillas fructificaron, pero las que se aclimataron bien, como la caña de azúcar, acabarían por ser de una enorme importancia comercial, como aventuró D. Cristóbal en una carta a los reyes. En la Española no había animales domésticos y hasta allí se llevaron en estos iniciales años vacas, cerdos, gallinas, perros y caballos.

Pero también en La Isabela se comenzó, en palabras de Juan Pérez de Tudela, la «aculturación a la inversa», esto es la indianización de la colonización europea. La escasez de alimentos obligó a los colonos a mantenerse con la dieta aborigen y por primera vez los europeos comieron no solo la piña, las batatas, los ajos o el cazabe sino también gozques, lagartos y hutías.

Pese a que los Colón prohibían los matrimonios mixtos, en La Isabela se registraron las primeras relaciones sexuales entre españoles e indios, dando lugar a una población mestiza y, en consecuencia, a patrones de aculturación mutua. Aunque hay que recordar que el primer mestizo hispano americano fue aquel niño, de pocos días, que los españoles encontraron muerto junto al fuerte de La Navidad en diciembre de 1493.

De La Isabela partió en 1497 el rebelde Bartolomé Roldán con setenta secuaces para instalarse en el cacicazgo de Jaraguá, donde algunos, unidos a cacicas e indias importantes, se convertirían en lo que se ha dado en llamar «caciques blancos», mientras que otros prefirieron hacerse «guatíaos» de los caciques como medio para controlar la jefatura²².

Sin la participación inicial de los nativos la colonización hubiera sido mucho más complicada. No solo facilitaron mano de obra, sino también fueron los guías que permitieron a los españoles reconocer el territorio²³. De La Isabela salió Colón con doscientos hombres, en marzo de 1494, camino de las ansiadas minas de Cibao. Siguiendo el camino indígena, la comitiva pudo recorrer los 90 kilómetros aproximadamente que separan el norte del sur de la isla, atravesando ríos, valles y montañas. Fue durante este viaje cuando Colón fundó, junto al río Jánico, el fuerte de Santo Tomás en el que dejó a Pedro Margarite por alcalde, con el encargo de que construyera una fortaleza en la que pudieran vivir continuamente 25 hombres. Los diligentes carpinteros y albañiles que llevó el aragonés lograron levantarlo en un tiempo récord, pues, como escribía el almirante a los reyes en abril de 1494, ya disponía de un foso de 18 pies de ancho por 20 de alto, que rodeaba a la fortaleza en la que había varias casas, y a una galería cubierta por la que se podía llegar hasta el río²⁴. Fue ésta la primera de un rosario de fortalezas, siete, que, como decíamos más arriba, el almirante mandó construir del norte al sur de la isla en el entorno de los territorios de los cacicazgos con objeto de controlar a la población indígena²⁵.

Viendo su disposición, de norte a sur de la isla, desde La Isabela a la desembocadura del río Ozama, donde se levantaría años más tarde la nueva ciudad de Santo Domingo, se comprenden con claridad las intenciones colonizadoras del Almirante Viejo que, pese a todo cuanto se ha dicho hasta ahora, en nada se parecía al modelo portugués de plantar fortines en las costas.

²² MOYA, 1978, 16. El guatíao era un pacto equivalente a la condición de hermanos de sangre, un juramento de amistad entre dos personas intercambiándose los nombres.

²³ RAMOS PÉREZ, 1992.

²⁴ Atacado por el cacique Caonabó, fue defendido por Alonso de Ojeda que consiguió derrotarlo y capturarlo. Hoy el fuerte se localiza en el actual municipio de Jánico. La carta de Colón puede consultarse en *Cristóbal Colón*, 1992, 277 y ss.

²⁵ La Concepción, La Magdalena, La Santa Caterina, La Esperanza y el Bonaó.

La edificación de tantas fortalezas, situadas estratégicamente, hizo que el desánimo cundiera entre la población indígena y muy pronto los taínos, como señalaba Colón en una carta a los reyes de 1495, viendo que los españoles hacían más fortalezas que barcos, se dieron cuenta de que pensaban quedarse para siempre

El control del eje norte-sur quedaría controlado en 1496 cuando D. Bartolomé Colón fundó la ciudad de Santo Domingo. Huelga decir que en la mayoría de los lugares estratégicos donde el genovés ordenó edificar las fortalezas se encuentran hoy las ciudades más importantes de la República Dominicana: Santiago, Jánico, la Vega, Bonao, San Cristóbal y Santo Domingo.

OCASO Y ABANDONO DE LA ISABELA

La Isabela tuvo una vida efímera. En la primavera de 1494, cuando apenas contaba con diez meses de existencia, un fuego la destruyó en sus dos terceras partes. Un año más tarde, en julio de 1495, un huracán acabó con las pocas casas que quedaban en pie y quebró las amarras y hundió las dos naos fondeadas en el puerto: la *Marigalante* y la *Gallega*, que expresamente se eligieron en Sevilla para que una vez realizado el viaje, sirvieran, puestas en seco, para otros fines. Sin lugar a dudas en estos barcos estuvieron las primeras alhóndiga y cárcel de La Isabela. Colón las recordaba con cariño en una carta a los monarcas, «¡cuanto nos aprovecharon aquí en el comienzo!»²⁶.

Desde sus inicios, la ciudad se fue haciendo más y más insostenible. A la mala aclimatación de los hombres, abatidos por enfermedades, se unió la actitud de los indios, que, engañándolos, acordaron no sembrar, lo que produjo una escasez de víveres que, al decir de Gonzalo Fernández de Oviedo, supuso una mortandad en la que cayeron la mitad de los españoles y no pocos de los indígenas. «El hedor era grande y pestífero», señala el cronista²⁷. Pese a que desde el inicio se procedió a sembrar, las cosechas tardaron en dar frutos y muchas de las simientes que se habían llevado jamás fructificaron. La búsqueda de oro, de un enriquecimiento inmediato, hizo que muchos agricultores, descuidando sus obligaciones, abandonaran el campo.

No es difícil imaginar el aspecto que la ciudad presentaba: hambre, enfermedad, muerte, casas destruidas, pillaje y la consiguiente desmoralización de la gente que soñaba con una rápida vuelta a Castilla. Aquellas no eran las Indias prometidas.

²⁶ *Cristóbal Colón*, 1992, 327.

²⁷ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1959, I, 48.

Cuando en la primavera de 1496 Colón dejó la isla para dirigirse a España ya llevaba en mente el traslado de la villa. A poco de llegar a Castilla, desde Cádiz en junio o julio, escribió una carta a los reyes, que nos resume Las Casas, relatándoles que había encontrado muy buenas minas en el sur de la isla y sugiriendo la implantación de una nueva ciudad y puerto en esa zona tan maravillosa y fértil. Los monarcas, crédulos, contestaron a su almirante asegurándole que cuanto a él le pareciera ellos lo daban por bueno y se lo tomarían en servicio. Recibida la autorización, el genovés se apresuró a escribir a su hermano Bartolomé conminándole a buscar por allí [el sur de la isla] algún puerto para poblar y, una vez elegido el lugar, que pasase todo lo de La Isabela y la despoblase²⁸.

LA NUEVA ISABELA. SANTO DOMINGO

Obediente, D. Bartolomé, no sin antes dejar en su puesto en La Isabela a su hermano menor Diego, emprendió la búsqueda de un nuevo emplazamiento. Nos encontramos en una fecha que ha de situarse hacia finales de 1496 o comienzos de 1497 y no el 5 de agosto de 1494, como nos hace suponer Fernández de Oviedo confundiendo la data, pues ésta es la de la primera llegada a las Indias de D. Bartolomé. Bien fuera por las razones sentimentales que señala un cronista, esa preciosa y romántica historia de Miguel Díaz que, huido de La Isabela tras una riña luctuosa, recabó el perdón del Adelantado ofreciéndole la primera vista del pueblo de su amante la cacica Catalina, quien daría al italiano todas las facilidades de asentamiento y ayuda material²⁹, bien por la necesidad imperiosa de abandonar una ciudad en ruinas y maloliente, el hecho cierto es que en 1498 ya se había instalado D. Bartolomé en esa nueva población.

El resultado inmediato no se hizo esperar: si el teniente de gobernador había situado su palacio en un nuevo emplazamiento, el pueblo, por pura lógica, se trasladó donde esté el poder y Santo Domingo se convirtió casi inmediatamente en la capital administrativa de la Española.

Una ciudad no se abandona de la noche a la mañana por muy destruida que esté. Sabemos que a mediados de 1497, cuando ya estaba en marcha la construcción de la nueva urbe, la alhóndiga continuaba en La Isabela; allí también se refugiaron los rebeldes que Colón fue a apaciguar a finales de 1498³⁰. El almirante quería por todos los medios que esa villa desapareciera:

²⁸ La correspondencia entre Bartolomé y don Cristóbal, aunque trunca, fue recogida por Las Casas, 1957, I, 308.

²⁹ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1959, I, 50.

³⁰ LAS CASAS, 1957, I, 413.

se trataba de un fracaso personal –su propio fracaso– y por ello insistía en que la nueva ciudad, que su hermano había levantado, se llamase Isabela la Nueva; de esa forma quizá quería borrar del mapa su desprestigio. No lo conseguiría, ya que en poquísimas ocasiones las fuentes nombran a Santo Domingo de esta manera³¹. Además, también existía un motivo psicológico: el pueblo, la gente, la colonia, en fin, no quería recordar ni por asomo la experiencia pasada y, en consecuencia, establecieron una *damnatio memoriae*: a La Isabela, ni siquiera se la nombra. Muy pronto empezó también a circular una leyenda que convertía a la triste Isabela en una población maldita. Se decía que una vez,

«yendo de día un hombre o dos por entre aquellos edificios de La Isabela, en una calle aparecieron dos rengleras a manera de dos coros de hombres, que parecían todos como gente noble o del palacio, bien vestidos, ceñidas sus espadas y rebozados con tocas de camino, de las que entonces en España se usaban. Y estando admirados aquel o aquellos a quien esta visión parecía [y preguntándoles] como había venido allí [a] aportar gente tan nueva y ataviada, sin haberse sabido en esta isla d'ellos nada, saludándolos y preguntándolos cuándo y de dónde venían, respondieron callando, solamente echando mano a los sombreros para los saludar, quitaron juntamente con los sombreros las cabezas de sus cuerpos, quedando descabezados y luego desaparecieron»³².

Al narrar esta historia macabra, de fantasmas vestidos al hispánico modo, el dominico no estaba haciendo más que recoger la fantasía popular que de seguro contaría y recontaría cantidad de leyendas, alimentando la idea de que La Isabela era un lugar prohibido al que no debía de acercarse ningún mortal. Por ello sólo las piaras de cerdos, al parecer muy numerosas en la zona, se atrevían a pasearse por sus despobladas calles y apenas las partidas que se organizaban para montearlos osaban aparecer de vez en cuando con el único propósito de cazar algún que otro puerco que llevarse a sus hambrientas bocas.

La expansión edificadora de la ciudad había durado apenas cinco años: desde finales de 1493 a mediados de 1498. En 1493 en la incipiente villa, se instalaron más de un millar de hombres; en 1495, según Hernando Colón³³, sólo había 630 españoles repartidos por toda la isla y en 1500 apenas quedaban 360³⁴. Para esta última fecha, según todos los cronistas, La Isabela había desaparecido ya como ciudad. El abandono progresivo hubo de efectuarse

³¹ *Ibíd.*, 426.

³² *Ibíd.*, 264.

³³ HERNANDO COLÓN, 1984.

³⁴ NOWELL, 1965; Moya Pons, 1978.

entre unas fechas que corren entre el 10 de marzo de 1496 (día de la salida de Colón hacia España desde su puerto) y el 31 de agosto de 1498, fecha de la llegada del almirante a Santo Domingo en su tercer viaje a las Indias; el puerto de La Isabela se había ya abandonado definitivamente.

En 1502, con la arribada de la impresionante flota de Nicolás de Ovando, la ciudad de Santo Domingo se convirtió en el primer asentamiento estable en Las Antillas y en el Nuevo Mundo.

La Isabela no volverá a ser mencionada en los textos de los cronistas y apenas será cantada por los poetas. Tan solo, de cuando en cuando, se la recordará como la ciudad que llevó el nombre la reina católica y así, por ejemplo, la rememoraba Lope de Vega cuando hizo a Colón prometer a su reina que la primera villa que fundara llevaría su nombre como señalamos al inicio de este trabajo. La Isabela no tuvo el final feliz que, sin lugar a dudas, prometió el almirante a D.^a Isabel.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGLERÍA, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid, Polifemo, 1989.
- BERNAL, Andrés, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, edic. y estudio M. Gómez Moreno y Juan de M. Carriazo, Madrid, Real Academia de la Historia, 1962.
- Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Juan Gil y Consuelo Varela (eds.), Madrid, Alianza, 1984.
- Cristóbal Colón. Textos y Documentos Completos. Nuevas Cartas*, Juan Gil y Consuelo Varela (eds.), Madrid, Alianza, 1992.
- LAS CASAS, fray Bartolomé, *Historia General de las Indias*, ed. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, BAE, 1957
- COLÓN, Hernando, *Historia del Almirante*, ed. Luis Arranz, Madrid, Historia 16, 1984.
- DOBAL, Carlos, *La Isabela: Jerusalem Americana. La primera misa en América*, Santiago, República Dominicana, 1987.
- *Como pudo ser La Isabela*, Santiago, República Dominicana, 1988.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia General y Natural de Las Indias*, ed. de J. Pérez de Tudela, Madrid, BAE, 1959.
- GIL, Juan, *Columbiana*, Santo Domingo, República Dominicana, Academia de la Historia, 2007.
- LOPE DE VEGA, *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, edic. facsimilar, introducción y notas Jean Lemartinel y Charles Minguet, Presses Univ. Septentrion, 1980
- MOYA PONS, Frank, *La Española en el siglo XVI, 1493-1520: trabajo, sociedad y política en la economía del oro*, Santiago, República Dominicana, Universidad Católica Madre y Maestra, 1978.

- NOWELL, Charles E., *A letter to Ferdinand and Isabella, 1503*, Minneapolis, MN, The University of Minnesota Press, 1965.
- RAMOS GÓMEZ, Luis, «Huellas de la relación mantenida por españoles e indios en la Isabela hasta la partida de Antonio Torres, el 2 de febrero de 1494», *Revista Española de Antropología Americana*, 22, 1992. 283-295.
- SOLANO, Francisco, «Fundación, Tipología y Funciones urbanas», en Francisco Solano (coord.), *Historia y futuro de la ciudad Iberoamericana*, Madrid, CSIC, 1986, 105-120.
- PANIAGUA, Juan A., *Doctor Diego Álvarez Chanca*, Madrid, AECI, 1977.
- TiÓ, Aurelio, *Doctor Diego Álvarez Chanca*, Puerto Rico, Universidad Interamericana, 1966.
- VARELA, Consuelo, «Diego Álvarez Chanca, cronista del segundo viaje colombino», *Historiografía y Bibliografía Americanista*, XXIX, 1985, 35-82.
- «La Isabela, vida y ocaso de una ciudad efímera», *Revista de Indias*, XLVII/181, 1987, 733-744.
- VARELA, Consuelo y Aguirre, Isabel *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*, Madrid, Marcial Pons, 2006.